

José Nicolás de Azara, *Primera Memoria*, ed. María Dolores Gimeno Puyol, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 245 págs.

Tras la publicación en el año 2000 del voluminoso *Epistolario (1784-1804)* que reúne la correspondencia privada de José Nicolás de Azara con diversas personalidades del panorama político ilustrado, María Dolores Gimeno Puyol afianza su perfil azarista y no abandona sino que amplía su dedicación al discurso autobiográfico con la reciente edición y estudio crítico de la *Primera memoria de José Nicolás de Azara*.

Si bien la faceta del diplomático oscense como memorialista ya se conoce desde la publicación en 1847 de las *Revoluciones de Roma*, la escasa fiabilidad de esta lectura decimonónica, fruto del proyecto apologético y rehabilitador del nombre de José Nicolás emprendido por su sobrino Agustín de Azara en colaboración con el historiador Castellanos, reclamaba con urgencia una versión crítica y solvente del texto conforme a la original redacción del autor. Ahora bien, la publicación de esta *Primera Memoria* no solo contribuye a restaurar la voz del memorialista Nicolás de Azara y completa, en consecuencia, el meritorio trabajo realizado por Sánchez Espinosa, editor de la segunda y tercera memorias —en 1994 y 2000—, sino que, además, viene a salvar un vacío que hasta ahora se consideraba irreparable debido a la pérdida del original contenedor de la primera parte. En efecto, el afortunado hallazgo en la Biblioteca de Catalunya de un manuscrito no-censurado basado en ese original perdido desmiente el imposible y da lugar a esta nueva edición. Con todo, el exhaustivo y franco trabajo de la doctora Gimeno Puyol permite reconocer esa fuente como una copia de escasa calidad, con abundantes *lapsi* o errores de transcripción y, a la vez, incompleta, lo cual determina el carácter híbrido del texto presentado como *Primera memoria*. En otras palabras, el manuscrito libre de mutilaciones sirve de base hasta el capítulo XI, inclusive, pero el texto restante se compone siguiendo la manipulada edición de Castellanos. Evidentemente, esta amalgama merma la integridad filológica del producto final; sin embargo, parece una solución acertada, pues el respeto que así se consigue hacia la unidad compositiva, en relación a su continuidad semántica y de lectura, autoriza y legitima dicha decisión editorial.

Frente a la segunda y tercera memorias, en las que *il Cavaliere* José Nicolás narra, por un lado, desde los hechos ocurridos tras la incumplida Paz de Tolentino hasta su ostracismo en Florencia, y, por otra parte, su embajada en París

entre 1798 y 1799, el texto de la *Primera* arroja luz sobre la mediación de Azara en las negociaciones entre el Estado Pontificio y los invasores franceses; esto es, desde la ocupación napoleónica de Italia en 1796 hasta la Paz de Tolentino de febrero de 1797. En concreto, despierta un particular interés la estructuración tripartita del relato que, como indica la editora, avanza de lo general a lo particular. En primera posición, un exordio crítico sobre la historia del imperio de la Iglesia católica; después una introducción que repasa la figura y el pontificado de Pío VI, atendiendo —desde la perspectiva de un yo incisivo e irónico— a su retrato y al de quienes lo rodeaban; y, por último, los veinte capítulos donde propiamente se cuentan los sucesos bélicos y la gestión diplomática del memorialista. Estos tres ejes condensan las claves de la obra: las intrigas curiales y la corrupción en el «estrecho teatro de Roma» (pág. 99); el yo y la voz subjetiva; así como el testimonio, justificación y autoelogio diplomáticos.

Pero, a más de la aportación de datos ‘ajenos’ o contextuales, el mayor valor de la edición revisada de esta *Primera memoria* se halla en los matices que descubre y que perfilan la biografía y personalidad del embajador español, ya por entonces sexagenario. En este sentido, cabe destacar la constatación de la precoz conciencia de Azara hacia el cambio de orden histórico, revelada ya en 1797 mediante la aceptación del agotamiento del antiguo sistema y el intento de actuar en —e incorporarse a— una nueva realidad, con reglas y valores diversos, en la que no duran las promesas, no son firmes los acuerdos ni estables las posiciones de poder. Este dato confirma y fundamenta una idea también latente en sus cartas y que, a mi ver, ayuda a explicar la orientación cada vez más estoica e individualista de su faceta estético-intelectual. Asimismo, en esta obra el tono mordaz y virulento hacia la Iglesia o las corruptelas romanas recuerda la criticada imagen del diplomático jansenista del *Espíritu* (epistolario con Roda), aunque en un discurso más elaborado y literario. Pero cierto es que la *Primera memoria*, depurada de censuras, incide en la clara distinción que *il Cavaliere* establece entre fe e Iglesia, puesto que sus ataques se dirigen solo hacia la institución, mientras que con la religión y su ideario se muestra respetuoso y antes proclive que enemigo, como lo prueban sus servicios para asegurar el futuro del catolicismo cuando Pío VI prevé abandonar Roma en 1796.

Por tanto, recuperar el texto de la *Primera memoria* con las notas de la ideología de José Nicolás, su admiración hacia el enérgico joven Napoleón o la ácida caricatura que presenta de la corte papal, por supuesto nos acerca más a la personalidad del embajador, que se sirve de la descripción de los otros, con quienes interactúa, para exaltar su propia imagen de ciudadano honesto, profesional, justo, honrado, carismático y clave en la escena política. En cambio, hasta las incoherencias de su autoelogio descubren su mentalidad. Adviértase,

pues, cómo Azara, hábil estratega, participa de las mismas corruptelas del ambiente que tanto critica y frente a las que pondera su recta conducta. No en vano presta su interesada intercesión para nombrar al sobrino de Pío VI, don Luis, Grande de España —para ganar el favor del Pontífice y en respuesta a otra fineza del odiado Ruffo—, al igual que en 1796 prepara la sustitución del secretario de Estado Zelada y elige al cardenal Busca porque, como es su amigo y cree poder manejarlo a su antojo en la toma de decisiones, con él podrá combatir el poder del fiscal Barberi. «La negociación de 1796 [en Bolonia] crea al memorialista» (pág. 46), expone Gimeno Puyol, y sobre ella —sobre su logro y su fracaso— parece construirse, en efecto, este hombre que se autocontempla sin recato ni modestia, preocupado ante todo por el honor de su imagen *post mortem*; el Azara político plenamente consciente de su yo que, si se juzgase con mayor autocritica y no censurase su propia intimidad, podría rivalizar con los grandes del género autobiográfico, desde Rousseau a autores del siglo XIX. No obstante, escrita todavía en un momento de gestación del género, la *Primera memoria* no deja de ser, como las otras dos de la serie, una propia apología política, concebida por Azara en unos años de crisis personal con una finalidad testimonial y justificativa, como bien documenta la editora en su estudio.

Si pasamos a evaluar, por consiguiente, el aparato crítico, el trabajo desarrollado por María Dolores Gimeno Puyol denota una estimable voluntad de rigor filológico y, sobre todo, de cumplimiento de dos máximas que atraviesan toda la edición: la búsqueda de claridad y de eficacia comunicativa. En el estudio preliminar destaca la argumentada, coherente y necesaria reconstrucción de la historia del texto de las memorias, sobre la cual Gimeno Puyol presenta un lúcido *stemma*. Igual interés merece el estudio sobre la difusión de la *Primera memoria* desde los últimos años de vida del *Cavaliere* y su tratamiento por parte de amigos, familiares o bibliófilos. La investigadora también documenta la fecha de composición de esta memoria entre 1796 y 1798, tras el exilio florentino de Azara, y ofrece al lector un certero análisis de los contenidos del texto y de sus recursos estilísticos. De hecho, el detenido examen que la azarista plantea permite reivindicar el carácter literario de la obra, en la que convive la influencia de la historiografía, el método ciceroniano, el modelo épico de la *Eneida* y diversas estrategias retóricas destinadas a amenizar la narración y enfatizar su veracidad. Por otra parte, dentro de la completa galería de personajes que Gimeno extrae del relato del diplomático, emergen dos figuras principales, Pío VI y Napoleón Bonaparte, así como la sugerente aparición de la íntima amiga, la princesa Santa Cruz, silenciada en las *Revoluciones* de 1847.

Por lo que se refiere al propio texto de la memoria, este se presenta modernizado conforme a unos solventes criterios de edición. La estudiosa resuelve

con éxito los problemas de la transcripción del manuscrito, logrando una prosa fluida y clara, con una intachable puntuación y fijación del texto. Quizá, es cierto, la españolización de los topónimos podría evitarse y, al igual que se reproducen citas literales en francés o en latín, podrían mantenerse los nombres de lugares en su variante lingüística original. No obstante, esta menudencia no desmerece en absoluto la coherente elección editorial, en la que se intuyen como principios esenciales la claridad y la simplificación. Así, por ejemplo, la solución de erratas se efectúa directamente sobre el texto —en la pág. 166, se corrige *Vigo* por *Deگو*—, lo cual no interrumpe la lectura y, aunque la explicación del cambio se relega a la nota, esta también aspira a la máxima brevedad para que el lector no pierda el hilo del texto principal. En este sentido, es elogiabile la cuidada anotación de la memoria, dado que los comentarios empleados enriquecen y ayudan a la lectura, pero nunca la obstaculizan ni entorpecen. Así, todas las notas —biográficas, históricas y léxicas o semánticas (se traducen las citas en latín o francés)— muestran una extensión moderada y su número no es prolijo sino necesario, de acuerdo a la citada claridad y la orientación práctica de la edición. De hecho, aunque en el estudio preliminar Gimeno Puyol explica y prueba las divergencias del texto respecto a la versión manipulada de 1847, prescinde de cargar la transcripción con un pesado aparato de variantes textuales, pues el especialista interesado dispone de la publicación de Castellanos para contrastar.

Por último, ha de señalarse la utilidad del índice onomástico final, que completa la estructura de la edición. Además, desde una perspectiva material, cabe indicar que el libro resulta muy manejable debido a su práctico formato *in 4º* en rústica, a la vez que contempla una serena composición tipográfica y un justo equilibrio entre *docere et delectare*: por un lado, el amplio espacio del estudio y la bibliografía; por otro, las ilustraciones intercaladas en los capítulos. El lector de la *Primera memoria* agradece, sin duda, todas estas deferencias reseñadas, que dan lugar a una obra al servicio del especialista y, asimismo, de la mera consulta o del público curioso. Queda pendiente, eso sí, un diálogo entre Gimeno y Sánchez Espinosa para proyectar una publicación conjunta en la que se comprendan las tres memorias de Azara como una serie unitaria, tal y como fueron concebidas por su autor.

NOELIA LÓPEZ SOUTO